

TIEMPO DE MEMORIA

Karen Armstrong

MAHOMA

Biografía del Profeta



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Agradecimientos

Mapas y árboles genealógicos

Prólogo a la edición de octubre de 2001

1. Mahoma, el enemigo

2. Mahoma, el hombre de Alá

3. Yahiliyyah

4. Revelación

5. El amonestador

6. Los Versos Satánicos

7. La hégira. Una nueva dirección

8. La guerra santa

9. Paz sagrada

10. ¿Muerte del Profeta?

Apéndice

Bibliografía selecta

Notas

Créditos

SINOPSIS

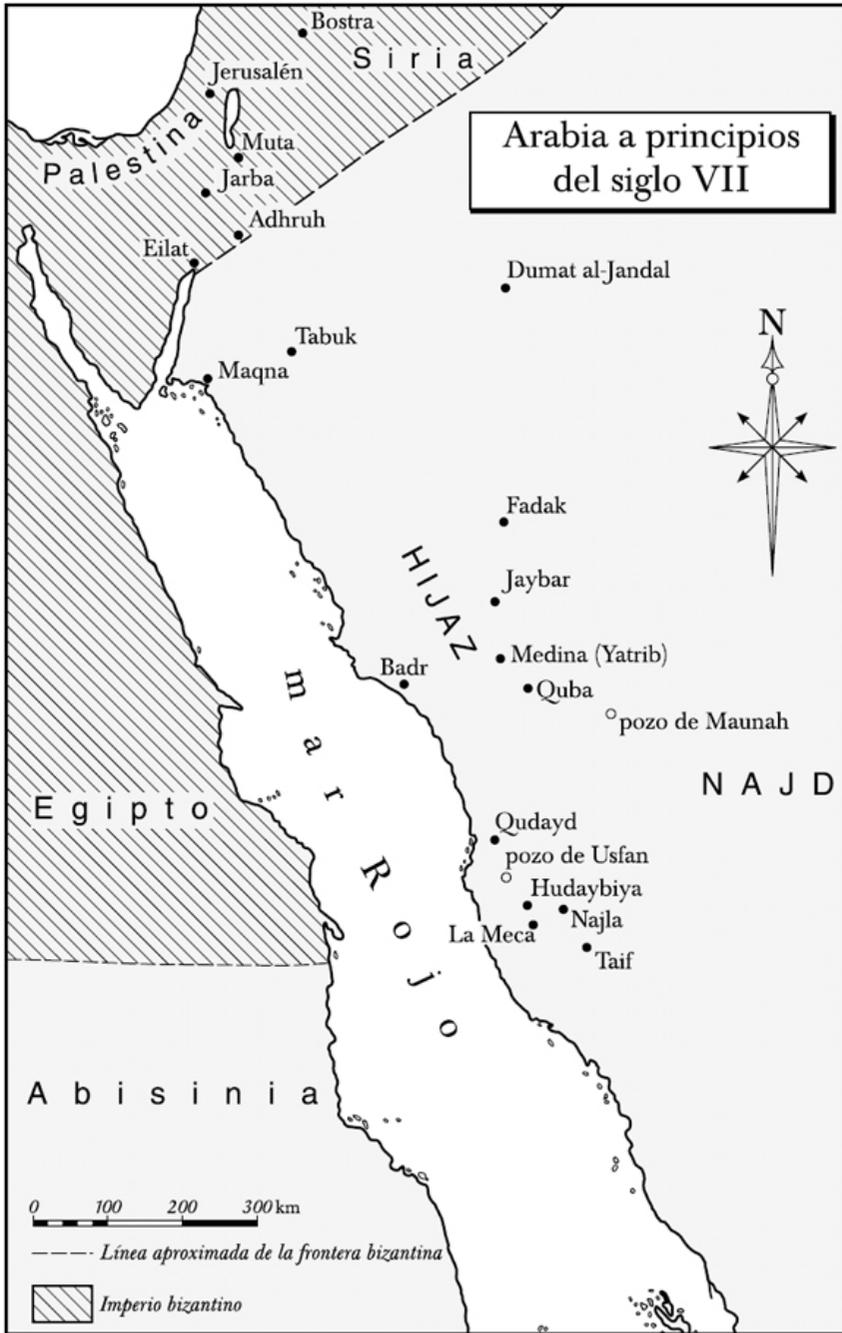
La figura de Mahoma (570-632) ha suscitado siempre incabables controversias en el mundo occidental. Karen Armstrong comienza su libro con un documentado retrato de la situación en que se encontraban las tribus beduinas en la Arabia del siglo VI. En este ambiente, politeísta y desunido políticamente, Mahoma, vivió durante el mes de Ramadán de 610 una experiencia mística que cambió el curso de la historia: el comienzo de las revelaciones que pronto fructificarían en el Corán.

La autora narra los inicios de la nueva religión, el islam, y las disputas teológicas y políticas que desgarraron la vida de numerosas familias de La Meca o de Medina. Mahoma se perfila en estas páginas como un hombre complejo, apasionado, frágil, dotado para la política y fiel a lo que entendía como una misión personal y trascendente.

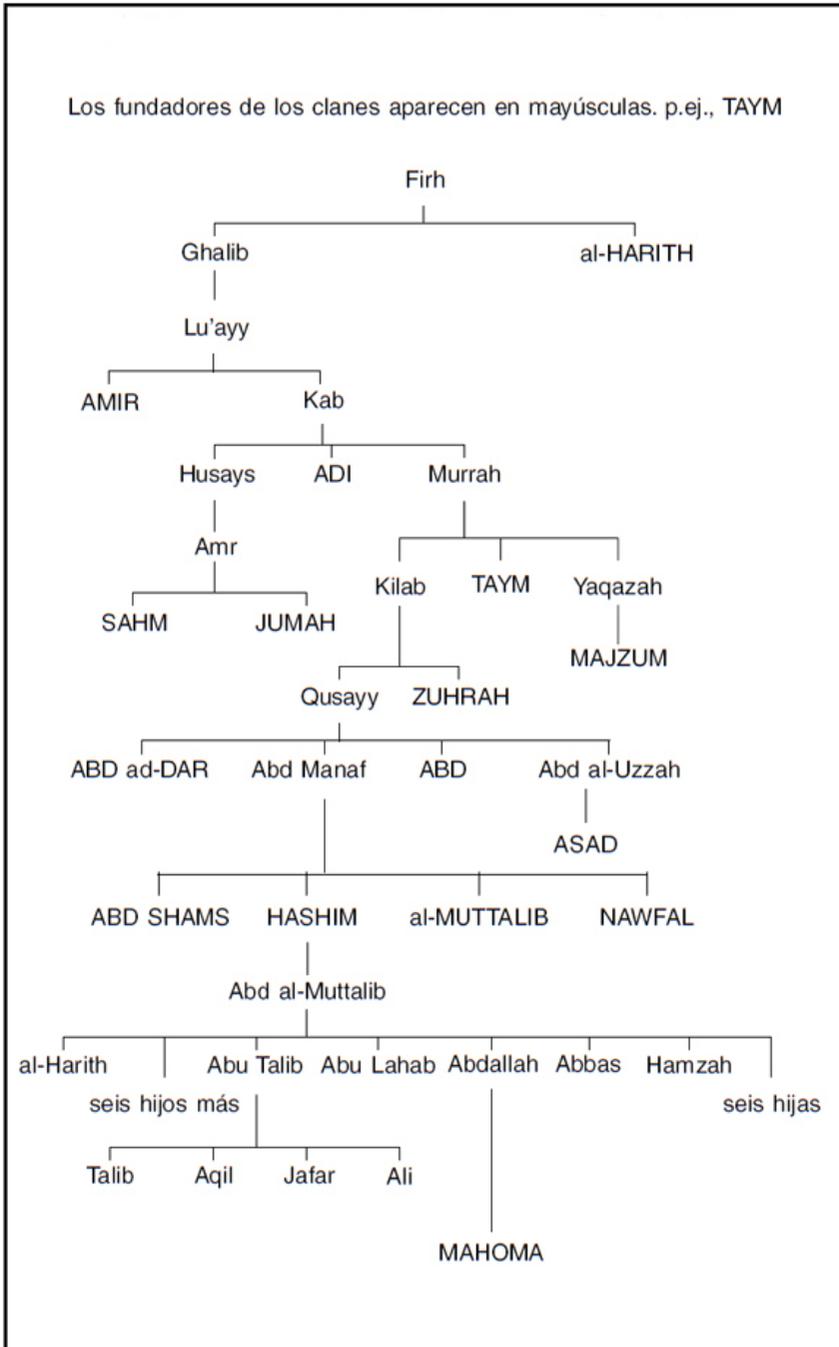
Para Sally Cockburn,
que también comprende el dolor
y el poder de la tergiversación

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a Liz Knights, mi editora en la editorial Gollancz, y a Peter James, mi corrector de estilo, su esmerada revisión del manuscrito y sus útiles sugerencias. Asimismo, me gustaría expresar mi más profunda gratitud a Rana Kabbani por su inestimable contribución a esta obra.



LA TRIBU DE LOS CORAIXÍES DE LA HONDONADA,
HACIA LOS SIGLOS V Y VI



GENEALOGÍA DE MAHOMA Y FAMILIAS RELACIONADAS

Prólogo a la edición de octubre de 2001

Escribí esta biografía de Mahoma hace poco más de diez años, en pleno caso Rushdie. Durante algún tiempo me habían preocupado los prejuicios contra el islam que solía encontrar incluso en los círculos más liberales y tolerantes. Tras los terribles acontecimientos acaecidos en el siglo xx me pareció que, sencillamente, no podíamos permitirnos cultivar una visión distorsionada e inexacta de la religión que profesan los mil doscientos millones de musulmanes que integran una quinta parte de la población mundial. Cuando el ayatolá Jomeini emitió su infame *fatwa* contra Rushdie y sus editores, estos prejuicios occidentales se hicieron incluso más ostensibles.

En 1990, cuando escribía este libro, a nadie le interesaba saber en Gran Bretaña que casi exactamente un mes después de la *fatwa*, durante una reunión del Congreso Islámico, cuarenta y cuatro de los cuarenta y cinco países miembros condenaron la orden del ayatolá por considerarla poco islámica, aislando de este modo a Irán. Muy pocos occidentales estaban interesados en saber que tanto los jeques de Arabia Saudí, la Tierra Santa del islam, como la prestigiosa madrasa al-Azhar en El Cairo declararon también que la *fatwa* contravenía la ley islámica. Sólo unos pocos parecían dispuestos a escuchar con comprensión a los muchos musulmanes de Gran Bretaña que, pese a desvincularse del ayatolá y oponerse al asesinato de Rushdie, se sintieron profundamente consternados por lo que consideraban un retrato blasfemo del profeta Mahoma en su novela. Al parecer, la *intelligentsia* occidental quería creer que

todo el mundo musulmán clamaba por la sangre de Rushdie. Algunos de los principales escritores, intelectuales y filósofos de Gran Bretaña describieron el islam o bien con asombrosa ignorancia o con una indiferencia terrible ante la verdad. En su opinión, el islam era una fe intrínsecamente intolerante y fanática que no merecía respeto alguno; a nadie pareció importarle la sensibilidad herida de los musulmanes que se sintieron ofendidos por el retrato que hizo Rushdie de su querido Profeta en *Los versos satánicos*.

Escribí la presente obra porque me parecía lamentable que la descripción que hizo Rushdie de Mahoma fuera la única que probablemente leyera la mayoría de occidentales. Pese a que podía comprender lo que Rushdie intentaba expresar en su novela, consideré importante presentar la auténtica historia del Profeta, porque fue sin duda uno de los seres humanos más excepcionales de la historia. Me resultó muy difícil encontrar un editor: muchos suponían que a los musulmanes les indignaría que una mujer infiel como yo osara escribir acerca de su Profeta, y si publicaban este libro yo no tardaría en acompañar a Rushdie en su escondite. Pero, después de todo, acabó conmoviéndome profundamente la acogida cálida y generosa que los musulmanes dispensaron a mi libro en aquellos tiempos difíciles. De hecho, los musulmanes y los islamistas más reputados fueron los primeros en tomarme en serio y en creer que yo no era tan sólo una monja fugitiva empeñada en causar problemas. Y, durante los diez años siguientes, pareció que la islamofobia endémica en Occidente comenzaba a disminuir. Los antiguos prejuicios resurgían de vez en cuando, pero la gente parecía cada vez más dispuesta a conceder a los musulmanes el beneficio de la duda.

Entonces tuvieron lugar los espantosos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, cuando unos extremistas musulmanes destruyeron el World Trade Center de Nueva York y un ala del Pentágono, matando a más de cinco mil personas. Este crimen horrendo parecía confirmar to-

das las ideas negativas de los occidentales acerca del islam, al que presentaban como una doctrina fanática que incita al asesinato y al terror. Escribo esta nueva introducción cuando ha transcurrido poco más de un mes del ataque. Vivimos en una época extraña, en la que continúa vigente la idea de que el islam lleva implícita una peligrosa propensión a la violencia. Durante los interminables debates que siguieron a la tragedia, los críticos del islam solían citar –a menudo fuera de contexto– los pasajes más feroces del Corán, argumentando que dichos pasajes podían inspirar y refrendar el extremismo con suma facilidad. Con excesiva frecuencia pasaron por alto el hecho de que tanto las Escrituras judías como las cristianas pueden ser igualmente belicosas. En la Torah, el libro más sagrado de la Biblia judía, el pueblo de Israel es exhortado repetidas veces a expulsar a los cananeos de la Tierra Prometida, a destruir sus símbolos sagrados y a no suscribir tratados con ellos. Una minúscula proporción de fundamentalistas judíos se basa en estos textos para justificar la violencia contra los palestinos y la oposición religiosa al proceso de paz de Oriente Próximo. Pero casi todo el mundo posee suficientes conocimientos sobre judaísmo como para comprender que estos pasajes intransigentes no son enteramente representativos, y que resulta ilegítimo emplearlos de esta forma. De modo similar, suelen presentar a Jesús como un pacifista, pero en el Evangelio, éste habla y se comporta a menudo de forma muy agresiva. Pese a que en cierta ocasión llega a decir que no ha venido para traer la paz, sino la espada, nadie citó estos versículos cuando los serbios cristianos asesinaron de forma salvaje a ocho mil musulmanes en Srebrenica. Nadie acusó al cristianismo de ser una fe intrínsecamente peligrosa y violenta, porque casi todo el mundo sabía lo suficiente acerca de esta compleja religión como para comprender que tal acusación estaría del todo fuera de lugar. La mayoría de los occidentales poseen un conocimiento tan incom-

pleto del islam que no están preparados para juzgarlo con ecuanimidad o para sostener un debate fructífero sobre estos temas.

Pero incluso en estos tiempos oscuros, en los que los intentos por promover el entendimiento entre musulmanes y occidentales parecen abocados al fracaso, han surgido atisbos de esperanza. En primer lugar, me impresionó el enorme esfuerzo realizado por el presidente George W. Bush y el primer ministro Tony Blair por dejar claro que los terroristas no representaban la tradición islámica, tan rica y compleja; Bush y Blair visitaron numerosas mezquitas, aseguraron a los musulmanes que la guerra que estaban a punto de librar en Afganistán no era contra el islam y recalcaron el hecho de que el islam era una religión esencialmente pacífica, lo cual constituía una auténtica novedad. Ningún líder político hizo esta distinción durante la crisis de Rushdie.

Entonces se produjo un hecho alentador: muchos parecieron darse cuenta de que no podían seguir desconociendo la fe musulmana. El Corán se agotó en las librerías estadounidenses y las ventas de libros sobre el islam, incluyendo algunos escritos por mí, se dispararon. Si bien muy pocos habían estado interesados en conocer la verdad sobre la fe musulmana doce años antes, parecía que ahora, tras la conmoción del 11 de septiembre, la gente quería saberlo todo acerca del islam, el Corán y el Profeta. Es cierto que surgieron reacciones violentas contra los musulmanes en algunos países occidentales: asesinaron a hombres de aspecto árabe, incluyendo a un sij y un cristiano copto; en Londres, un taxista afgano, que probablemente había huido de los talibanes, quedó parálítico del cuello para abajo. Las mujeres tenían miedo a salir de casa tocadas con el *hiyab* y varias mezquitas fueron asaltadas. Pero también existía una preocupación generalizada sobre tan horribles acontecimientos, así como la determinación de ponerles fin. Si la

atrocidad cometida en septiembre lleva a un nuevo entendimiento del islam en Occidente, esta tragedia habrá tenido algún resultado positivo.

Me resultó particularmente doloroso descubrir que los terroristas creyeran estar siguiendo los pasos del profeta Mahoma. Osama ben Laden, el principal sospechoso, basaba su ideología fundamentalista en la misión profética de Mahoma. Según este programa fundamentalista, enunciado por primera vez por Sayyid Qutb, un intelectual egipcio ejecutado por el presidente Jamal Adb al-Nasser en 1966, la vida del Profeta constituía una epifanía, un programa divino revelado por Dios; era la única forma de crear una sociedad orientada en la dirección correcta. El profeta Mahoma había luchado contra lo que los musulmanes denominan *jahiliyyah* (literalmente, la Edad de la Ignorancia), el término empleado por los musulmanes para describir la barbarie corrupta de la Arabia preislámica. Pero cada época, según Qutb, tenía su *jahiliyyah*, y los musulmanes del siglo xx deberían seguir el ejemplo del Profeta y extirpar este mal de su territorio. En primer lugar, deberían apartarse de la sociedad *jahili* establecida y crear una vanguardia entregada que pudiera luchar algún día en nombre de los musulmanes, tal y como hiciera Mahoma cuando comenzó a predicar en La Meca. Con el tiempo, al igual que Mahoma, los auténticos musulmanes tendrían que apartarse totalmente de la *jahiliyyah* y crear una sociedad auténticamente islámica, un enclave de fe pura, donde poder prepararse para la lucha venidera. En la última etapa del programa los musulmanes se verían obligados a librar una *yihad*, o guerra santa, seguros de obtener el éxito con el tiempo, como lo estuvo Mahoma cuando conquistó La Meca en el año 630 y unió toda Arabia bajo el dominio islámico.

No cabe duda de que Ben Laden suscribía esta ideología. En las semanas posteriores al 11 de septiembre empleó frecuentemente la terminología de Qutb, y podemos ver sus campos de entrenamiento como enclaves piadosos